

II.

7. Pues, si tales son, hermanos míos, como hemos alcanzado á entrever, los sentimientos de los habitantes del cielo, ¡decidme qué no sentirán los pobres moradores de la tierra al escuchar el nombre sobre todo nombre! Pondránse de hinojos, la vista vuelta al cielo, las manos juntas contra el pecho, en actitud de espontánea adoración; dejarán correr de sus ojos dulces lágrimas, como quien ha oído el nombre del que viene á rescatarlos; dirán mil veces: *Vén, Jesús; vén, Señor, á libertar á tu pueblo: Veni Domine Jesu*¹. Digan si esto no es verdad cuantos sienten hoy mismo su nativa condición de esclavos, pero de esclavos redimidos y libres por la virtud de ese augustísimo nombre: *Dicant qui redempti sunt...*² Porque, en hecho de verdad, no hay otro, dado á los hombres para poder salvarse, según lo afirma el príncipe de los Apóstoles³. De manera, cristianos, que, si para los ángeles el nombre de Jesús suena lo mismo que Salvador, porque los preservó de la caída, para los míseros hijos de Adán significa algo más tierno aún, más eficaz si se quiere, pues, decir Redentor es aclamar á quien los ha sacado con mano poderosa de los abismos de la culpa, y rescatado de la horrible esclavitud de la pena.

¡Qué entusiasmo no excita en los pueblos, aun después de cien generaciones, el glorioso renombre de Libertador! José llevado de triunfo en triunfo sobre el carro de Faraón por todas las ciudades de Egipto, y aclamado por millares de voces *Salvador del mundo*, nos puede dar la medida del entusiasmo popular para con los grandes libertadores de las naciones. Pero aquí sería

¹ Apoc. 22, 20.² Ps. 106, 2.³ Act. 4, 12.

preciso comprender lo que va de esclavitud á esclavitud, de libertad á libertad, para convenir en que todo entusiasmo es nada ante el inefable trasporte que conmueve á la humanidad entera al sólo pronunciar el nombre, tan dulce como grande, de Jesús de Nazaret.

8. De Jesús, notadlo bien, oyentes míos. Si el hombre no hubiese caído del estado primitivo de la inocencia y justicia original, quizás habría concentrado toda la suma de sus sentimientos religiosos en el santo nombre de Jehovah, Dios Criador y Señor soberano; mas, una vez que el pecado, la feliz culpa que canta la Iglesia, dió lugar á aquella evolución maravillosa de la divina misericordia, á la humana redención, el nombre de Criador no alcanzaba á satisfacer el corazón del hombre, el cual necesitaba adorar á su Dios bajo el nombre de Jesús. El pueblo de Israel, á quien no fué descubierto sino entre sombras el misterio de la Redención, si bien gozó anticipadamente de sus beneficios¹, no gustó tampoco de las dulzuras del nombre de Jesús. Jehovah, el Dios del Sinaí, fué el Dios de Israel: Jesús, el Dios del Pesebre y del Calvario, es el Dios del pueblo cristiano. De ahí ha nacido el carácter de este mismo pueblo, cuyo tipo es Jesús, la caridad y la misericordia². Ni creáis por eso que los demás nombres de Dios hayan de quedar ocultos ó eclipsados; porque, así como la persona de Jesús es el reflejo perfectísimo y la imagen consustancial del Padre, en la cual el Padre mismo se mira retratado, de suerte que quien ve al *Hijo, ve juntamente al Padre*³; así también su nombre es el trasunto de los más sublimes nombres con que Dios se ha dado á conocer y quiere ser amado y glorificado de los

¹ 1 Cor. 10, 4.² Luc. 9, 55.³ Io. 14, 9.

hombres. Decid Jesús, y habréis nombrado al Admirable, al Sabio, al Fuerte, al Padre de los siglos, al Rey de la paz, á Dios¹.

No basta, pues, de hoy más á la humanidad redimida que se le anuncie á boca llena el nombre santo de Dios; menester es que se le predique el dulce nombre de Jesús. Felipe rogaba con cierto candor infantil á su Maestro que le diese á conocer al Padre: *Ostende nobis Patrem, et sufficit nobis*²; y ¿sabéis qué le contestaba el bondadoso Maestro? Que esto no era suficiente, como creía el buen discípulo; porque nadie puede ir al Padre sino por mediación del Hijo³. No os basta, pues, á vosotros, filósofos espiritualistas de todas las escuelas, persuadir á los hombres que hay un Dios, autor y gobernador de la naturaleza, para que con este sólo conocimiento sean salvos; y no os basta, porque escrito está que no hay salvación por otro nombre que no sea el de Jesús⁴. Á éste es á quien debéis anunciar. Vuestra filosofía, si no proclama á Jesucristo, es después de todo tan vana como las demás. «Nada tiene sabor para mí, decía San Bernardo, si no encuentro en el escrito el nombre de Jesús. Nada me aprovechan vuestras conferencias y disputas, si en ellas no suena Jesús⁵. Ni á vosotros os basta, sabios legisladores modernos, dictar leyes en nombre del soberano Autor de toda humana sociedad, supuesto que, constituida ya por voluntad divina la sociedad cristiana, el Padre ha cedido á Jesús el cetro real y la vara de la justicia, como lo profetizó David⁶. Jesús, pues, es quien debe presidir á las naciones.

¹ Is. 9, 6.² Io. 14, 8.³ Io. 14, 6.⁴ Act. 4, 12.⁵ S. Bern., Serm. 15 super Cant.⁶ Ps. 71, 2.

9. Tal es la doctrina enseñada y practicada por los apóstoles del cristianismo. En efecto, hablan y predicaban penitencia y conversión¹; pero, ¿en nombre de quién, sino de Jesús? Oíd á Pedro, el primero que dirige la palabra al mundo congregado providencialmente en Jerusalén el día de la Pascua de Pentecostés, oídle aplicar á Jesús el texto sagrado de Joel: *Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo*²; y cómo, en consecuencia, manda, como único medio de salud, recibir el bautismo en el nombre de Jesús: *Baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesu Christi*³. Después, cuando la curación milagrosa del ciego de nacimiento, afirma resueltamente el mismo Apóstol que se ha obrado por la virtud del nombre de nuestro Señor Jesucristo⁴. Ved luego á Pablo, el vaso de elección, el heraldo del evangelio entre los gentiles, llevando á reyes y pueblos el nombre de Jesús, de conformidad con la misión que había recibido⁵. Ved á los demás Apóstoles predicando en todas las partes del mundo⁶, arrojando á los demonios de los cuerpos y de las almas, siempre en el nombre de Jesús⁷. Pero ¿quién ignora que los Apóstoles todos hasta Javier, hasta Claver, y los misioneros de todos los siglos hasta los que el día de hoy evangelizan el Japón, las Indias y el África central, no han levantado ni levantarán otra bandera de salud y civilización que la del nombre de Jesús? ¿No veis escrito ese adorable nombre en los anchos pliegues del pabellón del gran Rey? Sobre la cabeza de la cruz está inscrito por el dedo de la Providencia el famoso *INRI*, no ya de

¹ Act. 2, 38.² Act. 2, 21.³ Act. 2, 38.⁴ Act. 3, 16.⁵ Act. 9, 15.⁶ Marc. 16, 20.⁷ Marc. 16, 17.

afrenta, sino de gloria, clamando á las generaciones humanas: *Reinó Jesús de Nazaret*¹.

10. Y los mártires de la Iglesia, ¿por qué causa dan la vida y prodigan la sangre en los tormentos? No, ciertamente, por otra que por confesar en alta voz el nombre adorado que llevan impreso en el corazón del pecho palpitante; pero jamás podrán arrancarles del alma el nombre de Jesús. Y vosotros, venerandos Pontífices, Confesores ilustres, ¿cuál es vuestro ideal y vuestro encanto? No es otro que Jesús, el Redentor de todos: *Iesu, Redemptor omnium, perpes corona Præsulum*². Vosotros brillasteis como confesores de este nombre sagrado³: por él conculcasteis como vil basura las delicias de la tierra. Y en cuanto á vosotras, Vírgenes inmaculadas y heroicas: ¿cuál es vuestra corona sino Jesús, vuestro dulce y celestial Esposo? *Iesu, corona Virginum*. Pero, ¿qué? ¿tiene acaso el pecador otro refugio, el moribundo otro solaz, el atribulado otro alivio que invocar este dulce nombre? Para decirlo en breve, todo cuanto se hace en la Iglesia, todo se hace por Jesús. Y, si se ora, se ora *en su nombre*, como él lo tiene encomendado⁴. Tal es la grandeza inefable que este nombre encierra: al oírlo, todo cae de rodillas, hasta los atormentadores infernales.

III.

11. Registrad con una mirada el hondo abismo: ¡qué cuadro de atormentadores y atormentados! Pero se ha pronunciado un nombre allá en los cielos, y una corriente misteriosa ha llevado sus ecos hasta las puertas de aquella

¹ Vexilla Regis prodeunt (Hymn. Eccl.).

² Eccl. in hymn. Laud. in festo Conf. Pont.

³ Ibid. ⁴ Io. 16, 23.

cárcel tenebrosa. ¡Mirad! Tiemblan de pies á cabeza las potestades infernales y doblan maquinalmente la rodilla. Es que se ha pronunciado el nombre de Jesús. Y está decretado que *in nomine Iesu* creen, á pesar suyo, los demonios, y se estremecen¹ ante el poder de Aquél que vino á desbaratar su imperio sobre la tierra y á perderlos para siempre². Jehová los lanza del empleo, y Jesús los arroja de la tierra, desalojándolos de su último baluarte y como asilo de su grandeza caída. ¡Qué confusión cubre la frente de aquellos desventurados espíritus tan humillados como arrogantes! No tienen ya fuerza, con ser toda una legión, para mantenerse en posesión de un pobre hombre Geraseno, y se ven forzados á apoderarse de una piara de animales inmundos³. Crece más su abatimiento: ni siquiera se les permite hablar. Jesús les dice con voz de mando: *Obmutesce*⁴; y los soberbios espíritus, como bestias salvajes mal domadas por el freno, tienen que reducirse al silencio.

Mas no sólo Jesús personalmente arroja á los demonios y los hace temblar con su presencia. Los Apóstoles también, los mismos discípulos, débiles y flacos por naturaleza, podrán hacer otro tanto; pero ¿cómo? conjurándolos con el poder del nombre de Jesús⁵. Y, de hecho, los dominan con una facilidad que á ellos mismos los asombra y les inspira sentimientos de vanidad mal reprimidos⁶. Y ¿qué de veces no ha ejercitado la Iglesia el poder que le dió Cristo de refrenar con una sola palabra, el exorcismo, la audacia de Satanás, cuando éste, á pesar de estar vencido y amordazado,

¹ Iac. 2, 19.

² Marc. 1, 24.

³ Matth. 8, 31.

⁴ Marc. 1, 25. Luc. 4, 35.

⁵ Marc. 16, 17.

⁶ Luc. 10, 17.

ha logrado, por divina permisión, adueñarse momentáneamente del cuerpo de algún hombre? Por eso al resonar el nombre de Jesús, *nombre santo y terrible*¹, cuanto se regocijan los bienaventurados, tanto se consternan y retuercen los demonios, y con ellos ¡triste caso! los malaventurados humanos que forman en las filas del infernal caudillo. Por eso mismo lo detestan los tiranos, lo persiguen los herejes, lo escarnecen con labio inmundo los impíos, lo deshonran con hechos indignos los obstinados pecadores. Todos éstos forman la legión de soldados de Satanás; mas todos ellos con su jefe, bien á pesar suyo y mordiendo el polvo de su rabia, doblan la rodilla heridos por el resplandor del nombre augusto de Jesús.

12. Todos ellos te persiguen con odio encarnizado, Compañía santa, que llevas ese nombre por divisa. Mas ¿qué importa, si él mismo es tu escudo inexpugnable? Nada temas; antes bien regocíjate y gloriarte el día de hoy conmemorando los monumentos auténticos de la predilección de tu invicto Capitán Jesús. Recuerda que Él te ha dicho: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi*². No sólo te ha enriquecido con su nombre, sino también con sus ojos y su corazón: te ha dado sus ojos para mirar siempre por ti, su corazón para amarte. *Mi corazón estará allí todos los días*. Tú lo sabes muy bien, querida Madre mía, porque sabeslo por experiencia de tres siglos: Jesús no ha faltado á sus magníficas promesas. Gloriarte de esto, es gloriarte en el Señor. Bendícele, pues, y que todos tus hijos alaben su santo nombre³. Porque, bien puedo decirlo humildemente, *ha hecho contigo cosas grandes el que es*

¹ Ps. 110, 9.² 2 Par. 7, 16.³ Ps. 102.

*todopoderoso, y cuyo nombre es santo*¹. Él te ha dado fuerza y valor para llenar hasta aquí tus deberes, los dulces cuanto sublimes deberes que te impone tu divisa; de trabajar sin descanso por dilatar la gloria de ese nombre de Rey y Salvador. Prosigue infatigable ¡oh gloriosa Compañía!, prosigue hasta la consumación de los siglos, sin escasear sudor ni sangre, en esa tu nobilísima tarea, que es tarea de apóstoles, doctores y mártires. Lidia y, vencedora ó vencida, no des tregua hasta ver triunfante entre lampos de gloria ese dulce y adorable nombre, y hasta dejar asentado en la tierra su reino, el reino de Dios, que, dilatándose en el tiempo, se fije y consume en la feliz eternidad. Así sea.

SEGUNDO PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

(predicado en San Ignacio de Bogotá, el 19 de enero de 1896).

Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad.

Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

No hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.

Act. 4, 12.

1. No es uno sólo el punto de semejanza que á primera vista se descubre entre la plenitud de los tiempos antiguos y la plenitud de los tiempos modernos. Llena estaba la copa del placer venenoso á que arrimaban los ardientes labios las naciones que tocaban ya la meta de la civilización puramente humana, las generaciones que Roma convidaba con sus grandezas y sus

¹ Luc. 1, 49.